

DAVID HUME (1711-1776).

“Nació en 1711. Murió en 1776. Deja a la humanidad que añada el resto”
(Epitafio escrito por Hume para su propia tumba)

Hume nació en Edimburgo (Escocia) el 26 de abril de 1711, en una familia modesta. Por suerte para nosotros, disponemos de una breve autobiografía titulada *“Mi vida”*, escrita por nuestro autor al sentir que su muerte se le acercaba peligrosamente. En ella afirma que empleó la mayor parte de su vida en tareas relacionadas con la escritura, algo que realmente le apasionaba. En este sentido, tuvo una existencia plena y feliz. Estamos ante lo que hoy llamaríamos un “intelectual”, un hombre apasionado de las letras.

A comienzos del siglo XVIII la Escocia en la que nacería Hume estaba a punto de entrar en su edad de oro, convirtiendo a Edimburgo en la “Atenas del Norte”. En 1707 tiene lugar la unión de Escocia e Inglaterra. Para la primera supuso la oportunidad de participar en los beneficios derivados del mercado con las colonias inglesas, gracias a lo cual Escocia tenía la oportunidad de dejar atrás la pobreza que la caracterizaba. En menos de cincuenta años nos encontraremos con una sociedad totalmente nueva, menos temerosa de dios, menos conservadora en lo moral y con una economía más dinámica y floreciente. Los artífices de este gigantesco cambio conocido con el nombre de “Ilustración escocesa”, fueron toda una serie de pensadores, filósofos y economistas, entre los que se encuentran Newton, Adam Smith y Hume.

Pero sigamos con la vida de nuestro protagonista. Su padre murió siendo él aún un niño, por lo que a partir de entonces viviría con su hermano, su hermana y su madre. Por aquel entonces ya le asaltaban las preocupaciones filosóficas, preguntas que muy posiblemente tenían una raíz religiosa. Según le confesó a un conocido, de joven había sido creyente e *intentó* ser un cristiano devoto y estricto (de acuerdo posiblemente con las doctrinas calvinistas de la época). Pero este interés duraría poco, enfocando sus esfuerzos hacia las letras, aunque inicialmente se viera obligado (por presiones familiares) a estudiar la carrera de derecho, algo que no le gustaba para nada, ya que desde siempre *“sintió un insuperable rechazo hacia todo aquello que no fueran las tareas de la filosofía y el conocimiento en general”*.

En 1729, sin haber terminado derecho, se apodera de Hume la “enfermedad de los sabios” o “melancolía”, por lo que opta por dejar durante algún tiempo sus estudios y dedicarse a una vida un poco más activa. Terminada la carrera, en 1734 marcha a Bristol para trabajar en las oficinas de un importante comerciante. Pero su dedicación al derecho durará tan sólo unos meses: Hume marcha a Francia para dedicarse a poner por escrito sus ideas (su gran pasión).

Allí compuso su primera obra: *“Tratado de la naturaleza humana”*, publicada en 1738. Para su desgracia, el libro tuvo una acogida muy pobre. Dice Hume de ella que nació *“muerta de la imprenta, sin recibir, por lo menos, la distinción de suscitar un murmullo entre los fanáticos”*. Parece que la falta de éxito se debió a sus deficiencias estilísticas y a que los argumentos que contenía la obra eran demasiado largos y complejos, motivo por el que en lo sucesivo optaría por escribir ensayos.

Poco después volverá a Escocia. Allí vive con su madre y su hermano en una casa de campo, dedicándose por entero a la redacción de sus *“Ensayos morales y políticos”* (1742). Por suerte para él, estos escritos fueron mejor recibidos por el público, al emplear en su redacción un estilo elegante y ameno. La variedad de temas abordados en estos ensayos es muy amplia: la libertad de prensa, las supersticiones, la avaricia, el amor, la poligamia, el divorcio...

A partir de ese momento se dedicaría al estudio del griego y en 1745 optaría por la cátedra de ética y filosofía de la Universidad de Edimburgo, plaza que le fue negada por su fama de “ateo” y “escéptico”. Dado que necesitaba ganarse la vida de alguna manera, se convirtió en tutor de un joven marqués que resultó ser víctima de la demencia (por lo que poca ayuda o instrucción pudo proporcionarle Hume). Más tarde acompañó como secretario al general St. Clair, en una incursión militar bastante ridícula, cuyo primer objetivo era Canadá, pero que acabó en las costas francesas (los mapas para la pretendida invasión fueron comprados de mala manera y a última hora en una librería, pues en la precipitación del proyecto no disponían de ninguno; cuando los militares de la ciudad francesa a la que sitiaron fueron a rendirse, se encontraron con que los británicos, convencidos de que no tenían ninguna posibilidad de ocuparla, se habían marchado). Tras esto, Hume participó en una misión diplomática que recorrería diversos países europeos.

En 1751 publica su *“Investigación sobre el entendimiento humano”* y otra obra titulada *“Investigación sobre los principios de la moral”*. En 1752 publicó sus *“Discursos políticos”*. Poco a poco sus obras iban saliendo a la luz y

obteniendo el reconocimiento que merecían. Pese a esto, se le volvió a negar la posibilidad de acceder a una cátedra en la universidad, esta vez en Glasgow. Pese a ello, tuvo el consuelo de obtener en Edimburgo la plaza de bibliotecario de la "Facultad de Abogados", trabajo con el cual apenas podía subsistir, pero que pone a disposición de nuestro autor una gran cantidad de libros. Empieza entonces a redactar su "*Historia de Inglaterra*", una extensa obra cuyo primer volumen, dedicado a la casa de los Estuardo, recibiría todo tipo de ataques y reproches. Ingleses, escoceses e irlandeses, librepensadores y creyentes, liberarles y conservadores..., todos se unieron en sus críticas a Hume. Mientras escribe el libro, redacta su "*Historia natural de la religión*".

Tenía Hume cincuenta años cuando recibió una invitación para trabajar como secretario del embajador británico en París. Tras algunas dudas terminó aceptando la oferta. La acogida que tuvo en la capital francesa fue poco menos que apoteósica. Encontró abiertas las puertas de los más famosos salones de la nobleza y descubrió que era admirado tanto por las damas más elegantes como por los filósofos e ilustrados franceses más importantes. Fue en ese momento cuando entabló amistad con los enciclopedistas Diderot y D'Alambert. En cuanto al mundo femenino, mantuvo una relación especial con Hippolyte de Saujon (condesa de Boufflers en virtud de su matrimonio y de facto la amante oficial del príncipe de Conti), aunque no se sabe muy bien si hubo algo más entre la condesa y Hume, a parte de una buena amistad. Dejando esto a un lado, fue la condesa quien le puso en contacto con uno de los grandes pensadores del momento: Rousseau.

Entre Hume y Rousseau no había que se diga "feeling", ni consideraban que tuvieran mucho que hablar a nivel filosófico, pero Rousseau llevaba un tiempo huyendo de un lugar a otro, en una especie de exilio permanente, debido a la publicación de su obra "*Emilio*". Ante esta situación Hume le presta apoyo y protección, ofreciéndose a acompañarle a Gran Bretaña y ocuparse allí de su bienestar. Terrible error, puesto que, tras el entusiasmo inicial por parte de Rousseau, éste comenzó a sospechar de las verdaderas intenciones de Hume acusándolo de querer desprestigiarlo y mantenerlo preso.

Tras su paso por la embajada de París, es reclamado en 1767 por Mr. Conway para el cargo de subsecretario de Estado, volviendo a Edimburgo en 1769. En 1775 comenzó a padecer unas dolencias intestinales y un año después, temiendo un mal desenlace de la enfermedad, escribió la breve autobiografía "*Mi vida*". Murió en agosto de 1776. La Iglesia católica incluyó sus obras en el "Índice de Libros Prohibidos" y la Iglesia anglicana propuso su excomunión. Adam Smith dijo sobre él:

"En conjunto, siempre le he considerado, durante su vida y desde su muerte, como aproximándose tanto a la idea de un hombre perfectamente sabio y virtuoso como la flaqueza de la naturaleza humana puede permitir".

PENSAMIENTO

Introducción

Hume, filósofo ilustrado inglés del siglo XVIII y representante de la corriente empirista de la filosofía, vivió una época de profundas transformaciones y cambios radicales (*sociales, políticos, económicos, culturales...*). Su tarea consistirá en intentar **explicar y fundamentar ese nuevo mundo que se abría ante sus ojos**, sirviéndose del **método** de las **ciencias empíricas** (la experimentación y la contrastación).

Empleando dicho método, se embarcará en la tarea de elaborar una **Ciencia del hombre** con el fin de **destruir** la **metafísica racionalista** y, en último término, la **religión**, a su juicio, *f fuente de todo tipo de supersticiones, intolerancias y fanatismos*. En este sentido, Hume pretende "**liberar**" a los hombres de la "fe en dios", para que puedan de este modo "abrazar" la "**fe liberal y científica**". Esa Ciencia del hombre será fundamental de cara a crear una **nueva ética** (basada en principios empiristas) y un **nuevo modelo sociopolítico** (liberal, como el de Locke, pero sin estar fundamentado en dios).

La "Ciencia del hombre" que Hume pretende crear, será la base de la que dependerán las restantes ciencias, no sólo la lógica, la moral, la estética y la política, sino también las matemáticas, la filosofía natural (la ciencia de Newton) y la religión natural. Así mismo deberá ser una ciencia estricta y seguir el *método científico y experimental*, y no considerará nada como cierto a menos que venga avalado por el testimonio de los sentidos. Por esta razón a Hume se le ha denominado "*el Newton de las ciencias morales*".

El punto de partida de esta "ciencia del hombre" será la **epistemología o Teoría del conocimiento**.

Teoría del conocimiento: la percepción (“*todo contenido de la mente es percepción*”)

Hume, como Locke, plantea su búsqueda a partir de un **análisis del entendimiento humano** (problema crítico). Como buen empirista considera que todos los contenidos de la mente (o ideas) proceden de la **experiencia**. Sin embargo, él va mucho más lejos, llevando hasta sus últimas consecuencias el empirismo de Locke.

Hume llama **percepción** a **todo acto o contenido de la mente**. En este sentido, todo lo que podemos sentir, desear, pensar e imaginar son percepciones. Ahora bien, podemos distinguir dos clases de percepciones, según **el grado de fuerza y vivacidad** como se nos presentan dichos contenidos mentales y el mismo **orden en el que aparecen**.

- Por un lado tenemos **las impresiones**, percepciones vivas e intentas, que son los datos inmediatos de la experiencia. Oír, ver, oler, sentir, amar, desear, querer, odiar... son impresiones.
- **Las ideas**, el otro tipo de percepciones, son “**copias**”, imágenes o representaciones mentales de impresiones precedentes. Por eso su grado de fuerza y vivacidad es menor. Y es que, según Hume, las ideas siguen a las impresiones¹.

Pongamos un ejemplo: si uno pasea distraído por la calle y se lleva un “*pisotón*” está teniendo una impresión. Su grado de fuerza y vivacidad es incuestionable: ¡el pie nos duele horrores! Ahora bien, si uno llega a casa pasado un tiempo y *recuerda* el pisotón y el dolor; eso es tener una idea. Por supuesto, no puede compararse el grado de fuerza y vivacidad del pisotón real con el ideado después, por mucha fidelidad que tenga nuestro recuerdo. Las ideas son siempre *copias* y, por lo tanto, *han de derivarse de impresiones precedentes*. Las impresiones, en consecuencia, son el origen de nuestras ideas.

Todas las percepciones, tanto las impresiones como las ideas, pueden ser **simples o complejas**:

- Escuchar sólo un sonido o ver una mancha de color azul es tener una **impresión simple**, que tendrá una **idea simple** como correspondencia (la representación mental de ese sonido o ese color en mi mente).
- Por su parte, las **impresiones complejas** son *agrupaciones de impresiones simples*. La visión del cuadro de las “Meninas” es una impresión compleja. La representación mental de esa visión (o el recuerdo de ese cuadro) es una **idea compleja**.



Las **ideas complejas** son, por tanto, agrupaciones o asociaciones de ideas simples que tienen su origen en impresiones simples precedentes. Dichas asociaciones son obra de la “imaginación”. Según Hume, las ideas se forman a partir del **recuerdo** de una impresión anterior o mediante el poder que tiene lamente para **relacionar varias ideas** mediante la **imaginación**. Al hacerlo, sigue una serie de pautas o leyes: las **leyes de asociación de ideas**:

- Ley de semejanza: tendemos a unir las impresiones o ideas que se parecen entre sí (por ejemplo: la percepción de un desconocido al que veo por la calle, me “conduce” o recuerda a un personaje famoso).
- Ley de contigüidad en el espacio o en el tiempo: tendemos a unir una idea con otra que normalmente se ha dado junto a ella, en el espacio en el tiempo (un determinado olor me evoca un recuerdo del pasado).
- Ley de causalidad (causa-efecto). Organizamos nuestras ideas bajo la forma causa-efecto (por ejemplo: si vemos humo, esperamos tener la impresión de fuego).

Por otra parte, tanto impresiones como ideas pueden ser de **sensación** o de **reflexión**².

¹ “*Todo el mundo admitirá sin reparos que hay una diferencia considerable entre las percepciones de la mente cuando un hombre siente el dolor [...] y cuando con posterioridad evoca esta sensación o la anticipa en su imaginación [y] una distinción semejante afecta a todas las percepciones de la mente.*” (Hume, Investigación sobre el entendimiento humano, secc. 2).

² Hume distingue dos tipos de impresiones: **impresiones de sensación y de reflexión**. Las impresiones de la sensación son aquellas que experimentamos utilizando nuestros órganos sensoriales: vista, oído, tacto, olfato... Las impresiones de la reflexión son aquellas que se derivan de otras ideas (ideas de sensación). El proceso sería el siguiente:

1. Tenemos una impresión de sensación.

Todo este análisis le sirve a nuestro autor para formular el uno de los principios claves del empirismo: el **criterio de verdad o de significado**: si una idea no tiene **correspondencia** con ninguna impresión, dicha idea será falsa o carente de significado.

El criterio empirista de verdad sostiene que todo término filosófico (o idea) al que no pueda asignarse una impresión correspondiente, o bien no pueda ser analizado (definido) en un conjunto de impresiones, carecerá de significado:

“Cuando tenemos la sospecha de que un término filosófico es utilizado sin ningún significado (como es harto frecuente), sólo tenemos que indagar: ¿de qué impresión se deriva esa supuesta idea? Y si es imposible asignarle ninguna, esto servirá para confirmar nuestra sospecha. Al presentar nuestras ideas bajo una luz tan clara, podemos razonablemente confiar en suprimir toda disputa que pueda plantearse acerca de su naturaleza y realidad” (E. 22).”

Este principio empirista permitirá, según Hume, examinar las distintas ideas que tenemos sobre el mundo, especialmente las ideas más abstractas y confusas, como las de la **metafísica**. Si las ideas de “substancia”, “dios”, “yo”, etc., no proceden de ninguna impresión, habrá que rechazarlas como meras ficciones o inventos.

El ámbito de la racionalidad: los tipos de juicios y razonamientos.



Imagínate que una tarde vas dando un paseo por la calle. Mirando aquí y allá, te das cuenta que, en el parque que sueles atravesar para llegar al instituto, acaban de plantar un ciprés gigante. De este modo, a partir de ahora ya no hay dos árboles rodeando el estanque, sino tres. Seguramente no conozcas las características de esta nueva especie de árbol, pero, transcurrido el verano verás que él (el ciprés) es un árbol de hoja perenne que mantiene su color oscuro en todas las estaciones. Transcurrido un año, sabremos dos nuevas cosas: que hay tres árboles junto al estanque y que el ciprés no perderá la hoja en otoño. Pues bien: ¿es el mismo tipo de razonamiento el que nos permite saber cuántos árboles hay ahora, que aquel que nos indica que el otoño que viene el árbol no perderá la hoja? Parece que no.

Y es que la razón humana no se limita a copiar impresiones dando lugar a ideas, sino que une diversas ideas entre sí formando juicios y razonamientos. En este sentido, Hume diferenciará **dos tipos de juicios o modos de proceder de la mente**: las relaciones de ideas y las cuestiones de hecho. Ambos tipos de juicios representan las posibles formas de conocimiento.

Las relaciones entre ideas (proposiciones analíticas en Kant):

Es aquel tipo de juicios o proposiciones propias de la lógica, la geometría, el álgebra y la aritmética (**ciencias formales**), que **trabajan con ideas, sin referirse a hechos**. Pertenecen a este capítulo (“relaciones entre ideas”) la igualdad $5+5=10$ o la afirmación de que “*el todo es mayor que la parte*”.

Para saber si este juicio es o no verdadero, no necesitamos acudir a la experiencia (no es necesario tener 15 unidades físicas de algo para comprobar esta operación, ni trocear algo en partes)

2. A partir de esta impresión de sensación se produce una copia en la mente que perdura pasado el tiempo (idea de sensación).
3. Esta idea de sensación, posteriormente, puede producir nuevas impresiones, pero éstas, de reflexión (deseo, aversión, odio, temor, esperanza...).
4. Estas impresiones son copiadas por la memoria y la imaginación, dando lugar a nuevas ideas, y así sucesivamente.

Pongamos un ejemplo: si paseamos por Burgos en pleno invierno tendremos a buen seguro una impresión de frío acompañada de una impresión de dolor. Cuando esta situación desaparece, porque nos hemos cobijado en casa o en un bar calentito, y recordamos la situación anterior, esta idea de frío puede producir y asociarse a una nueva impresión: la aversión. Esta nueva impresión es lo que Hume denomina una impresión de la reflexión, que puede, a su vez, ser copiada y convertida en idea de la reflexión.

Las impresiones de la reflexión son así, posteriores a las ideas de la sensación, pero estas últimas son copias y dependen enteramente de una impresión de la sensación precedente y origen de toda la cadena.

Estas proposiciones se basan en el **principio lógico de no-contradicción** (no es posible negar la igualdad $5+5+5= 30/2$ sin caer en una contradicción, lo mismo que no es posible negar que “*el todo es mayor que la parte*”, sin caer en contradicción)³.

Por este motivo, Hume afirma que las “relaciones entre ideas” son **ciertas o evidentes “a priori”**. No necesitamos acudir a la experiencia para saber que la suma de los ángulos de un triángulo es igual a 180° . Esta clase de proposiciones es independiente de si lo que se afirma tiene o no existencia real.

Las cuestiones de hecho (proposiciones sintéticas en Kant):



Hay, sin embargo, otro tipo de juicios radicalmente distintos a los anteriores. Pongamos algunos ejemplos. Para saber si “los leones comen pan con mantequilla”, debemos acudir necesariamente a la *experiencia*. La mera idea de un león (el concepto o definición), por sí misma, no indica nada acerca de sus “gustos culinarios”. Debemos constatar por la experiencia que, efectivamente, a los felinos no les agrada en absoluto nuestro desayuno. Lo mismo ocurre si queremos averiguar la temperatura de nuestro café con leche o las propiedades y efectos que puede causar un objeto determinado. Todos nosotros aprendemos de niños que el cristal es peligroso cuando se rompe y que no es buena idea meter los dedos en un enchufe.

Las cuestiones de hecho **se basan en la experiencia** y, por lo tanto, son proposiciones que **tratan de cosas existentes**. La física, la historia, las ciencias naturales, la meteorología... (**ciencias empíricas**), se basan todas en “cuestiones de hecho” cuyo **conocimiento es imposible a priori**, es decir, sin una experiencia previa que nos muestre sus propiedades y efectos. Por último decir que, al basarse en la experiencia, las cuestiones de hecho **se fundan en el principio de causalidad**, esto es, en la relación entre algo que denominamos “causa” y algo que denominamos “efecto”.

Como decimos, las cuestiones de hecho son propias de las ciencias naturales, la historia... pero también de la **metafísica** y de la **religión**. Hume cree necesario indagar en este tipo de razonamientos, para poder llevar a cabo su **crítica a la metafísica y a la religión**.

CRITICA AL PRINCIPIO DE CAUSALIDAD

Así, "cuando miramos los objetos externos en torno nuestro y examinamos el modo de operar de las causas, nunca podemos descubrir "poder" o conexión necesaria alguna", nada que [...] haga del efecto una consecuencia indefectible de la causa. Sólo encontramos que, de hecho, el uno sigue realmente a la otra. Al impulso de una bola de billar sigue el movimiento de la segunda: esto es cuanto se aparece a los sentidos externos. La mente no tiene ninguna impresión interna de esa sucesión. Por consiguiente, en cualquier caso determinado de causa y efecto no hay nada que pueda sugerir la idea de poder o conexión necesaria."

Parece pues -continúa Hume- que esta idea de conexión necesaria surge del acaecer de varios casos similares [...]. Esta idea no puede ser sugerida por uno solo de ellos [...]. Pero en una serie de casos no hay nada distinto de cualquiera de los casos individuales [...] salvo que, tras la repetición de casos similares, la mente es conducida por hábito a tener la expectativa, al aparecer un suceso, de su acompañante usual [...]. Esta conexión que sentimos en la mente [...] es el sentimiento o impresión a partir del cual formamos la idea de poder o conexión necesaria. Y no hay más [...] Por tanto, cuando decimos que un objeto está [causalmente] conectado con otro, sólo queremos decir que han adquirido una conexión en nuestro pensamiento y originan la inferencia por la que cada uno se convierte en prueba del otro, conclusión algo extraordinaria, pero que parece estar fundada." (E., secc. 7)

Según Hume, todas las proposiciones o cuestiones de hecho se basan en el **principio de causalidad**. Pues bien, hemos visto que las causas y los efectos no pueden ser alcanzados *a priori*, sino por la experiencia. Cuando percibimos un objeto no podemos predecir qué efectos producirá en un futuro. Dicho de otro modo: la sola sensación de un objeto

³ Esto significa que lo contrario a una “relación entre ideas” es imposible, porque es contradictorio.

no nos permite inferir sus causas y efectos (Adán, cuando se metió por primera vez al agua, no dedujo *a priori* que podía morir ahogado).

Por ejemplo: imaginemos que es la primera vez que vemos una partida de billar. El taco imprime su movimiento a la bola A, que se mueve hacia la bola B. ¿Qué ocurrirá? ¿Se quedarán quietas las dos? ¿Volverá la bola A, a su posición inicial? ¿Rebotará hacia otra dirección? *A priori* no podríamos aventurar nada; todas las posibilidades podrían darse. Sólo podemos dar preferencia a una posibilidad cuando tenemos una experiencia precedente de un hecho semejante.

Ante cualquier fenómeno físico, ¿en qué nos basamos para inferir que lo que ha venido ocurriendo en un pasado va a ocurrir también en un futuro? Si el límite de nuestro conocimiento son las impresiones actuales (o recordadas como ideas), ¿cómo podemos tener certeza acerca de hechos futuros, si no tenemos impresión alguna de lo que puede suceder mañana?

Analizando la **relación causa-efecto**, Hume descubre la existencia de **una causa, un efecto y un “nexo” entre ambos**. Tanto de la causa como del efecto tenemos su impresión correspondiente, pero ¿qué pasa con el “nexo”? Dirá Hume que, del nexo no tenemos ninguna impresión. Pese a ello, seguimos hablando de nexo porque se da...

- Una contigüidad entre causa y efecto en el espacio y en el tiempo.
- Una prioridad (anterioridad) de la causa sobre el efecto.
- Una conjunción constante (*hasta ahora* han ido unidos: siempre que se ha dado A, ha ocurrido a continuación el fenómeno B).

Aun así, insiste nuestro autor, no tenemos impresión del “nexo”. Esto es debido a que dicho “nexo”, según Hume, **no existe: es pura ilusión**.



¿Qué concluye Hume de todo ello? Que lo que llamamos “causalidad” no es otra cosa que un **hábito o costumbre que nace de la repetición de hechos**. Más aún: el supuesto “nexo” (la causalidad) no es más que una creencia: es cuestión de fe.

Por consiguiente, en el **conocimiento de los fenómenos físicos** no es posible una certeza absoluta, sino mera **probabilidad**, fruto de la creencia de que en un futuro se producirán hechos semejantes a los que acontecieron en el pasado. La física ya no es un conocimiento seguro ni definitivo, sino meramente conjetural y probable.

CRÍTICA A LA METAFÍSICA

El análisis del principio de causalidad le permitirá a Hume llevar a cabo una implacable crítica a todas las ideas de la **metafísica**, en concreto al concepto de **sustancia** en su triple vertiente: **la extensa (mundo), la pensante (cogitans) y la infinita (Dios)**.

Recordemos otra vez el punto de partida: las ideas de la metafísica no tienen su origen en ninguna impresión previa de la cual sean copias y, por lo tanto, han de ser rechazadas como falsas. Veámoslo.

Crítica a la idea de sustancia.

Según Hume, toda la filosofía tradicional ha explicado la realidad basándose en la distinción entre sustancia y accidente, entendiendo a la primera como “substrato” o “soporte” de éstos. Para Hume, la “idea de sustancia” *carece de significado al no responder a ninguna impresión precedente*.

Lo que sucede es que al conjunto de “accidentes” (cualidades particulares) se les asigna un “nombre” (nominalismo) que nos permite evocarlos como un sólo objeto. No hay, por tanto, una sustancia o sustrato permanente que unifique o regule el flujo de los accidentes o fenómenos. Con esta crítica, Hume está en disposición de desmontar la metafísica racionalista de corte principalmente sustancialista, en su triple vertiente: sustancia extensa, pensante e infinita.

Crítica a la idea de la existencia de una realidad exterior a nosotros.



¿Existe una realidad "extra mental" (fuera de mi mente) que sea la "causa" directa e inmediata de nuestras impresiones ("efecto")?

Según Hume, cuando afirmamos la existencia de una realidad material exterior a nosotros, damos *un salto ilegítimo* desde nuestras impresiones, a una "supuesta realidad exterior", **apoyándonos en el principio de causalidad** (las realidades materiales serían la "causa", mientras que las impresiones que de ellos tenemos, los "efectos").

Según Hume, no podemos salir de nuestra mente; el límite de nuestro conocimiento son las impresiones, más allá de ellas no es lícito afirmar nada, sino adoptar una actitud sanamente escéptica:

Crítica a la idea de dios.

Según Hume las tradicionales pruebas para demostrar la existencia de Dios, **no tienen validez alguna**.

- En las pruebas **a priori** se da un "salto ilegítimo", dado que la "idea de Dios" *no responde a ninguna impresión previa*" (aplicación del criterio empirista de significado o de verdad).
- Con las pruebas **a posteriori** (recordar las "vías tomistas") ocurre algo parecido: aplican el "principio de causalidad" para llegar a la "supuesta" demostración de la existencia de Dios. El problema es que no tenemos impresión del "**nexo**", por lo que dichas demostraciones carecen de validez.

De este modo Hume "destroza" todos los argumentos tradicionales acerca de Dios.

Crítica a la idea de Yo

Respecto a la existencia de una **sustancia espiritual, cognoscente** ("*res cogitans*") o "**yo**", ocurre lo mismo:

- La **idea** de un "yo" (esto es, la idea de una sustancia "espiritual", que "subyace" o "está por debajo" de todos nuestros actos, decisiones, conocimientos y recuerdos), carece de base, dado que **no hay impresión** alguna de ese "yo". Si existiese tal impresión, tendríamos que permanecer *fijos e invariables* a lo largo de toda nuestra vida.
- Lo que denominamos "yo" no es otra cosa que un conjunto de "percepciones" que cambian constantemente. La identidad personal, por lo tanto, se forja a través de la memoria. Gracias a ella se unifica nuestra existencia, al conectar en el tiempo la multiplicidad de impresiones que se suceden.

"No tenemos idea alguna del "yo" de la manera que aquí se ha explicado. En efecto, ¿de qué impresión podría derivarse esta idea? Es imposible contestar a esto sin llegar a una contradicción y a un absurdo manifiesto. Y sin embargo, ésta es una pregunta que habría necesariamente que contestar si lo que queremos es que la idea del yo sea clara e inteligible. Tiene que haber una impresión que de origen a cada idea real. Pero el yo o persona no es ninguna impresión, sino aquello a que se supone que nuestras distintas impresiones e ideas tienen referencia. Si hay alguna impresión que origine la idea del yo, esa impresión deberá seguir invariablemente idéntica durante toda nuestra vida, pues se supone que el yo existe de ese modo. Pero no existe ninguna impresión que sea constante e invariable.

(Hume: *Tratado sobre la naturaleza humana*)

LA ÉTICA DE HUME: emotivismo y utilitarismo moral.

El tema que más interesó a Hume a lo largo de su vida, fue el de la moral. Para él, los juicios morales quedan "fuera" del ámbito de la racionalidad. Juicios del tipo "*Debes obedecer a tus padres*" no pertenecen al capítulo de "relaciones entre ideas", al *no ser analíticos*, ni tampoco al de las "cuestiones de hecho" (dado que los juicios morales hablan de un "*deber ser*", no de "*hechos*"; el único hecho que aparece en el juicio citado es que "*tienes padres*").

Se produce aquí, según Hume, un "**salto indebido**" del "es" al "debe", al derivar un deber a partir de un mero hecho (**falacia naturalista**)⁴. De todo esto, concluye nuestro autor que la moral no es obra de la razón, sino que se fundamenta en el

⁴ La famosa ley de Hume, expuesta en un pasaje de su "*Tratado de la naturaleza humana*" vendría a decir lo siguiente: de un enunciado de hechos del tipo "es", no se puede inferir otro enunciado (moral) del tipo "debe". Supondría un salto indebido del

“**sentimiento**”, concretamente en los *sentimientos de “placer” y “dolor”*. De esta forma, al formular un juicio sobre el valor moral de una acción, no hacemos sino expresar nuestros sentimientos de *agrado o desagrado* hacia dicha acción. Esta manera de comprender la moral recibe el nombre de **emotivismo moral**.

(MEMENTO) Hagamos un poco de memoria:

Según Hume, todo contenido mental (impresiones o ideas) es percepción. Las ideas son “copias” de impresiones precedentes. Pues bien: las ideas morales (“bueno”, “malo”...), como cualquier otra idea, tienen su origen en impresiones



¿Qué impresiones están en el origen de las ideas morales? Las impresiones de reflexión, esto es: pasiones o emociones. Las pasiones o emociones más básicas o directas son las de “*placer*” y “*dolor*”. De éstas surgen el resto: orgullo, humildad, amor, odio... (indirectas). Estas emociones, según Hume, están en la base de las **ideas morales**, de modo que **el placer y el dolor son la base de la moral**. En consecuencia, **la virtud es aquello que produce placer, mientras que el vicio produce dolor**.

Pero aunque la moral se base en los sentimientos, **la razón** tiene un papel fundamental a la hora de su “calificación”, esto es: de cara a informarnos sobre los *fin*es que podemos perseguir y los *medios* más adecuados para conseguirlos. La posición de Hume en este sentido es claramente utilitarista: para que la búsqueda del placer **sea moral**, es necesario que sea **desinteresado**, esto es, que busque el **placer para todos**⁵ (**utilitarismo moral**). De

este modo, Hume intenta librarse del reproche de subjetivismo o individualista. También intenta huir del relativismo, al afirmar que existe una especie de **naturaleza emotiva común** a todos los hombres, lo que permite que coincidamos en nuestras valoraciones morales.

POLÍTICA.

Hume quiere hacer de la filosofía política una ciencia experimental (al estilo de la física). Por esta razón rechaza una concepción “*organicista y finalista*” de la sociedad, así como toda “*utopía*” política. Pero, aun defendiendo un modelo contractualista de la sociedad, se aleja del mismo al considerar al “*estado de naturaleza*” como una mera “*ficción filosófica*”, sin ninguna base histórica.

Como contractualista sostiene que es el “*acuerdo*” o “*convención*” la única fuente de legitimación, situando en el origen de la misma la “*utilidad*” (o, lo que es lo mismo: las ventajas o desventajas que una determinada forma de gobierno o institución política, pueden reportar a la sociedad). Es la utilidad lo que explica la formación de las sociedades a partir de la célula familiar (base de la sociedad), debido a los beneficios que se derivan de la asociación entre seres humanos. Por tanto, en filosofía política no hay que buscar fundamentos trascendentes para explicar el origen del poder; éste es un hecho que se funda, a su vez, en hechos concretos (usurpación, transmisión hereditaria, elección...)

Por último, la obediencia a un gobierno no tiene otra justificación que la “*utilidad que reporta*”: cuando un gobierno o una institución política dejan de ser útiles, la obligación de obedecer desaparece.

“*es*” al “*debe*”. Pongamos un ejemplo: *Francisco tiene un problema muy serio; Francisco es tu hermano; por tanto, debes ayudar a Francisco*.

A este “salto indebido” se le conoce con el nombre de “*falacia naturalista*” (en palabras de Moore).

Con todo, no todos los intérpretes son unánimes en esta interpretación. Según MacIntyre es incorrecta (Hume hubiera sido el primero en violar su propia prohibición: derivaría el deber moral del interés (a fin de cuentas un “*es*” concreto)). La interpretación que estos autores le dan sería la siguiente: Hume estaría criticando una determinada manera de “saltar” del “*es*” al “*debe*”, proponiendo él otro tipo de mediaciones: el placer.

⁵ Hay diversos tipos de placer (hedonista, estético, moral...). El placer moral se caracteriza por ser “*desinteresado*” (sin referencia a nuestro interés particular).